

## El discurso económico y la acción política de *El Mercurio* en la coyuntura presidencial de Chile en 1970

Leonardo Mazzei de Grazia\*  
 Danny Monsálvez Araneda\*\*

**D**urante todo el siglo XX el diario *El Mercurio* fue el principal vocero de la oligarquía chilena y del pensamiento económico liberal al que ella se había adherido, puesto que era funcional a sus intereses de clase.<sup>1</sup> Pero el ascenso del proyecto hegemónico de *El Mercurio* no se circunscribía sólo a la elite, sino que se proyectaba a otros sectores sociales, especialmente a la clase media, de manera que la palabra del periódico había adquirido en la opinión pública el sello de una verdad prácticamente irrefutable. El estilo del diario, como lo expresa un autor que ha analizado este periódico, adoptó una “forma de aparente neutralidad [...] que, con el tiempo, llevó a una identificación de la ‘objetividad’, la ‘seriedad’ y la ‘verdad’ con el texto de las columnas mercuriales”.<sup>2</sup> Por ello asombró que en 1967 los

estudiantes progresistas de la Pontificia Universidad Católica se hayan atrevido a desplegar en el frontis de la casa de estudios, que habían tomado, el extenso cartel ya legendario que advertía: “Chileno: *El Mercurio* miente”. Era exponer pública y visualmente, con su consiguiente impacto, que en materia de información no había verdades incontrastables. *El Mercurio* expresaba la verdad de los que siempre habían detentado el poder,<sup>3</sup> que, ante la eventualidad de un triunfo electoral popular, se veía amenazado en sus mismos cimientos. Se trataba de una amenaza mayor, como nunca antes en la historia de Chile, frente a la cual palidecían otros procesos críticos de antigua data, como la Guerra Civil de 1891, la victoria de Alessandri Palma en 1920 con su discurso populista, los

\* Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Andrés Bello.

\*\* Departamento de Ciencias Históricas y Sociales, Universidad de Concepción.

<sup>1</sup> La periodista María Olivia Mönckeberg en su libro *Los magnates de la prensa. Concentración de los medios de comunicación en Chile*, Santiago, Debate, 2009, específicamente en el capítulo III, “El histórico poder mercurial” (pp. 67-106) analiza el desarrollo y poder de influencia que ha tenido el diario en la historia de Chile.

<sup>2</sup> Ángel Mauricio Soto Gamboa, “*El Mercurio* y la difusión del pensamiento político económico liberal (1955-1970)”, tesis para optar al grado de licenciado en Historia,

Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1993, p. 15.

<sup>3</sup> Una apreciación distinta a esta afirmación, fue manifestada por un director de *El Mercurio* quien, refiriéndose a su representatividad, sostuvo en una entrevista que la aspiración que guiaba al periódico era la de interpretar valores nacionales y que era leído por un amplio espectro de personas de diferentes sectores sociales, políticos y económicos. “Se ve a sí mismo —agregó— no como el adalid de doctrinas extremas, sino que como buscador del desarrollo del país basado en personas responsables y virtuosas”. Entrevista a Arturo Fontaine A., citado en Ángel Mauricio Soto Gamboa, *op. cit.*, p. 16.

efectos de la Gran Depresión de 1930, el triunfo del Frente Popular en 1938 y, más recientemente, la “Revolución en libertad” de Frei y la Democracia Cristiana. Se trataba ahora de un desafío inédito que ponía en jaque la pervivencia del capitalismo en el país.

Sin duda, resulta innecesario reiterar, en sus líneas gruesas, el decidido y enfático discurso del “decano” de la prensa chilena en contra de la posibilidad de un cambio de tal naturaleza. Sin embargo, creemos que no está de más intentar hacer, desde una perspectiva económica, un análisis pormenorizado de los argumentos, sustentos y estrategias que el periódico puso de manifiesto en su línea editorial, primero, para evitar el peligro tratando de revertir el resultado de la votación presidencial, ya que aún quedaba la instancia de ratificación por el Congreso y, después de ella, para denunciar, oponerse con la fuerza de su ascendente, y reforzar la opinión en contra de las políticas y medidas económicas lesivas y destructoras del orden socio-económico imperante. En el año 2008 salió a luz el documental *El Diario de Agustín*,<sup>4</sup> dirigido por Ignacio Agüero y Fernando Villagrán, en el que se muestra el rol que desempeñó el diario durante el gobierno de Salvador Allende,<sup>5</sup> al momento del golpe de Estado y su apoyo a la dictadura cívico-militar.<sup>6</sup> En ese sentido, *El Mercurio* pasó a constituirse en el principal medio de comunicación en reproducir las noticias, informaciones y discursos de la Junta Militar. Como señala Mönckeberg,

La formación de Agustín Edwards Eastman, sus convicciones económicas y políti-

<sup>4</sup> <http://www.eldiariodeagustin.cl>

<sup>5</sup> El experto en archivos desclasificados de la CIA, Peter Kornbluh describe las acciones de Agustín Edwards en la coyuntura de 1970; véase *Los EEUU y el derrocamiento de Allende. Una historia desclasificada*, Santiago, Ediciones B, 2003, pp. 20-31.

<sup>6</sup> El Bando número 15, del 11 de septiembre de 1973, estipuló una “estricta censura a la prensa”; sin embargo, la Junta Militar, con el propósito de informar a la opinión pública, autorizó la emisión de los diarios *El Mercurio* y *La Tercera de la Hora*, *El Mercurio*, 26 de septiembre de 1973, p. 23.

cas, y el rol que jugó para la generación del golpe, son elementos suficientes para explicar por qué, después de septiembre de 1973, el diario *El Mercurio* y toda su cadena cerró filas con la junta de gobierno. La dictadura encabezada por Augusto Pinochet, era su propio gobierno al que había contribuido para que pusiera orden en el país tras los turbulentos, y para él amenazantes, mil días de la Unidad Popular.<sup>7</sup>

De esta forma, con posterioridad al 11 de septiembre, en sus páginas se daba cuenta de manera profusa y detallada de la cantidad de documentos y armamento que los militares habían encontrado ocultos en reparticiones públicas, sedes de partidos de izquierda y domicilios de dirigentes y militantes de la Unidad Popular, constituyéndose en uno de los aspectos más difundidos de aquellos convulsionados días, el famoso *Plan Zeta*, supuesto plan de movilización preparado por el gobierno de Salvador Allende para producir un golpe de Estado tendente a la conquista del poder total.<sup>8</sup>

Lo cierto es que el papel que desempeñó *El Mercurio*, se enmarca en aquello que el lingüista neerlandés Teun van Dijk denomina el abuso del poder discursivo, es decir, el poder entendido como control (no coercitivo o físico) de las mentes de las personas; “en ese caso no necesitamos forzar a las personas para que hagan algo, sino que ellas hacen lo que queremos en su libre albedrío o bien porque no tienen alternativas”; de esa forma, se manipula o malinforma de acuerdo con los intereses de los grupos de poder, de aquellos que tienen un “acceso preferencial al discurso público”; por lo tanto, estas elites controlan —entre otros— los discursos políticos, mediáticos, legales y burocráticos. De lo anterior se desprenden “dos relaciones básicas entre el poder y el discurso: una es el poder de controlar el discurso y otra el poder del discurso para con-

<sup>7</sup> María Olivia Mönckeberg, *op. cit.*, p. 102.

<sup>8</sup> Al respecto véase Jorge Magasich Airola, *Los que dijeron “No”. Historia del movimiento de los marinos anti-golpistas de 1973*, Santiago, Lom, 2008, vol. I, pp. 19-37.

trolar las mentes de las personas. Desde luego, estas dos relaciones son análogas: las personas controlan el discurso especialmente para controlar las mentes de las personas y así, indirectamente, controlar sus acciones”.<sup>9</sup> Y en todo este proceso de abuso de poder, del control del texto y contexto, los medios de comunicación constituyen un papel fundamental, ya que a través de ellos los sectores dominantes logran persuadir a la población, que no cuenta con medios o recursos para resistir o construir modelos alternativos, para que crean y hagan lo que las elites dicen.

En consecuencia, y siguiendo al citado van Dijk, hacia 1973 los grupos dominantes (político, militar y empresarial) lograron a través de las páginas de *El Mercurio* exteriorizar su poder y abuso de poder, lo cual les permitió controlar los diversos textos y contextos públicos de aquellos años. Como ha señalado Sofía Correa, “*El Mercurio* desempeñó una función de información y dirección ideológica de la clase dirigente en su conjunto, a la vez que ejerció una influencia inconmensurable también en los sectores medios y en los poderes públicos”.<sup>10</sup>

En el siguiente trabajo, y por razones de espacio, limitamos nuestro análisis a los meses de septiembre a diciembre del año 1970, lo que llamamos la coyuntura de la elección de Salvador Allende. Para ello analizamos el discurso de *El Mercurio* a través de sus editoriales y de los comentarios vertidos en la columna titulada “Semana Económica”.

### Antes del 4 de septiembre

En los días previos al acto electoral del 4 de septiembre el “decano” quiso develar que la vía chilena de tránsito al socialismo propuesta por Allende y la Unidad Popular era un eufemismo que ocultaba el propósito de instalar de inmediato

tal régimen. “No habrá estados provisorios ni giros paulatinos, sino cambios rápidos y drásticos”.<sup>11</sup> Incluso más presurosos que la propia revolución cubana, en la transferencia de la propiedad de los medios de producción al Estado.

La candidatura democristiana de Radomiro Tomic no ofrecía tampoco un panorama tranquilizador. Estos dos candidatos proponían la substitución del capitalismo, y tanto en el proyecto de Allende como en el de Tomic desaparecía “la iniciativa y el riesgo empresariales; en ambas [candidaturas] el presupuesto fiscal reemplaza a la eficiencia, y en las dos el partido político preside el reclutamiento, la mantención y el ascenso de los trabajadores”.<sup>12</sup>

Por una parte, estas palabras contrastan la eficiencia como atributo exclusivo de los actores privados (axioma propio del liberalismo económico), frente a la ineficacia endilgada al estatismo; junto con ello, se advierte entre líneas que el camino de la movilidad social para los trabajadores no era el de la organización partidaria o de otra índole, sino el del esfuerzo individual, a la manera del *self made man*. Por otra parte, en el plano de la inminencia política, se buscaba influir en sectores de la Democracia Cristiana, para que en el seno del Congreso Nacional que habría de dirimir entre Allende y Alessandri, se inclinase por este último. Y había razón para ello: la candidatura de Tomic no había logrado consenso en su partido y en las urnas sólo obtuvo el tercer lugar con 27.8% de los votos, contra 56% que había obtenido Frei en 1964; el propio Frei no gustó de la candidatura de Tomic, aunque nunca se planteó abiertamente en contra de ella.<sup>13</sup>

Recordemos que la candidatura de Radomiro Tomic tuvo como antecedente las tesis que se van a impulsar en abril de 1969, en vísperas de la junta demócratacristiana definitiva del mes

<sup>9</sup> Teun van Dijk, “Discurso y dominación”, en línea [<http://www.discursos.org/oldarticles/Discurso%20y%20dominaci%F3n.pdf>], pp. 8-9

<sup>10</sup> Sofía Correa Sutil, *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Santiago, Sudamericana, 2004, p. 54.

<sup>11</sup> “Incógnitas del programa marxista”, en *El Mercurio*, 2 de septiembre de 1970, p. 3.

<sup>12</sup> “Amenazas contra la propiedad privada”, en *El Mercurio*, 3 de septiembre de 1970, p. 3.

<sup>13</sup> Cristián Gazmuri, *Eduardo Frei Montalva y su época*, Santiago, Aguilar Chilena de Ediciones, 2000, t. II., pp. 761-762.

de mayo. El sector rebelde, donde se encontraban —entre otros— Rafael Agustín Gumucio y Alberto Jerez, era partidario de un entendimiento con el Frente de Acción Popular (FRAP). Estos dirigentes no emitieron declaración alguna, lo que hacía evidente que ya estaban al margen de cualquier posición oficial que pudiera adoptar el partido. Por su parte, el sector tercerista, encabezado por Luis Maira, Bosco Parra, Pedro Urra y Pedro Felipe Ramírez, a través de un documento, fijó su posición: “La Democracia Cristiana debe constituirse claramente como un partido de izquierda no marxista, cuya misión histórica inmediata sea la sustitución del régimen capitalista”.<sup>14</sup> Finalmente, la tesis oficialista, fuertemente apoyada por Frei y de la cual formaban parte Juan Hamilton, Juan de Dios Carmona, Eugenio Ballesteros, José Musalem y Luis Pareto, fue proclamada por el senador Patricio Aylwin Azócar en un folleto titulado “Camino Propio”; este texto comienza por reconocer la crítica situación reinante en el partido: “Pareciera que ya pocos creemos en la Revolución en Libertad, se ha perdido la fe”. Más adelante agregaba que “la mayoría de los chilenos no quiere ir a la derecha ni al marxismo-leninismo. El pueblo de Chile es antiderechista y anticomunista. Quiere un camino distinto”.<sup>15</sup>

Finalmente, en la Junta Nacional del mes de mayo se impuso la tesis del camino propio por 233 votos contra 215; es decir, del candidato propio, junto con un rechazo a cualquier entendimiento con la derecha y con sectores de izquierda, propiciado por los rebeldes, argumentando que dicha postura “era el camino al cementerio para la DC como cuerpo y como doctrina”. A consecuencia de esta Junta se alejó del partido el senador Rafael Agustín Gumucio. A éste se sumaron “[...] Jerez, Vicente Sota y Jacques Chonchol, quien se les había reunido, y entre la juventud, Ambrosio, Correa, Juan Enrique Miquel, Juan Enrique Vega (presidente en ejercicio), José Miguel Insulza, Jaime Gazmuri,

Manuel Antonio Garretón, José Joaquín Brunner, José Antonio Viera-Gallo, y otros a la cabeza, abandonaron el partido [entre el 6 y el 14 de mayo]”.<sup>16</sup> Los renunciados militantes demócratacristianos forman el “Movimiento de Acción Popular Unitaria” (MAPU), que posteriormente se sumó a la Unidad Popular.<sup>17</sup>

Finalmente, fue nominado Radomiro Tomic Romero como candidato presidencial de la Democracia Cristiana. Antes, en la Junta del mes de mayo, Tomic había renunciado a serlo si su partido no llegaba a una alianza con los partidos del FRAP.<sup>18</sup> El sector tercerista al interior de la Democracia Cristiana debió convencerlo que desistiera de su resistencia y que aceptara ser el candidato del partido demócratacristiano, con una plataforma ideológica de izquierda. La corriente tercerista lograba así ganar posiciones dentro del partido. Tomic cedió y aceptó la proclamación. En su discurso de aceptación de la candidatura manifestó que la Democracia Cristiana “[...] ofrece avanzar resuelta y alegremente en la construcción de una nueva sociedad, popular, democrática, que sólo tú (el pueblo) puedes hacer posible. No te escondemos nada, pueblo de Chile; no te ofrecemos desde el comienzo una vida más fácil, sino mucho más hermosa en sus posibilidades, pero también en sus exigencias”.<sup>19</sup>

A pesar de las dudas que generaba la candidatura de Tomic, el partido se cuadró, aparentemente, tras su figura. Por su parte, Frei tenía aprensiones frente a la candidatura Tomic, aunque, como ya hemos señalado siguiendo a Cristián Gazmuri, nunca se planteó francamente en contra de ella. “No creía que estuviera fundada sobre bases reales. Tampoco podía aprobar que se planteara no como una conti-

<sup>16</sup> Cristián Gazmuri, *op. cit.*, p. 704.

<sup>17</sup> Sobre la historia del MAPU, véase Cristina Moyano, *MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973)*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2009.

<sup>18</sup> “Si no hay Unidad Popular, no habrá candidatura Tomic”, expresó públicamente, en más de una ocasión, Radomiro Tomic Romero.

<sup>19</sup> “Tomic acepta candidatura presidencial”, en *Política y Espíritu*, núm. 313, año XXIV, septiembre-octubre de 1969, pp. 10-11.

<sup>14</sup> *Ercilla*, núm. 1763, semana del 2 al 8 de abril de 1969, p. 9.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 10.

nuación de su gobierno en las grandes líneas, sino como una clara ruptura o, en el mejor de los casos, como una segunda etapa de cambios muchos más radicales, que Frei consideraba irrealizables, por decir lo menos”.<sup>20</sup>

### ¿Y después del 4 de septiembre? El discurso del “terror”

Sabido es que una vez realizada la votación del 4 de septiembre de 1970, connotados representantes de la Democracia Cristiana, entre ellos Patricio Aylwin, Juan Hamilton y Andrés Zaldívar, por entonces ministro de Hacienda, iniciaron conversaciones informales con la derecha para impedir que Allende llegara al gobierno. La idea era que los demócratas cristianos votaran por Alessandri en el Congreso, que luego el candidato de la derecha renunciara y que en un breve plazo se volviera a elegir a Frei como presidente.<sup>21</sup> Era el denominado “gambito Frei”.<sup>22</sup> Sobre el punto de si se prestaba apoyo o no a Allende en el Congreso Pleno, el destacado ideólogo de la Democracia Cristiana Jaime Castillo Velasco recordaría décadas más tarde que “para los demócratas cristianos Allende era una personalidad democrática que se movía dentro del socialismo doctrinario, sin una definición determinada ni tampoco una representatividad marxista que presentara algún ribete ideológico por discutir”.<sup>23</sup> Sin embargo, tanto para Eduardo Frei como para Patricio Aylwin “[...] la candidatura de Allende, tal como se presentó en 1970, era del todo inaceptable. Ello resaltaba de la tesis que representaba la Unidad Popular:

<sup>20</sup> Cristián Gazmuri, *op. cit.*, p. 761.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pp. 768-771; Luis Moulian y Gloria Guerra, *Eduardo Frei M. (1911-1982). Biografía de un estadista*, Santiago, 2000, pp. 213-214.

<sup>22</sup> Al respecto véase Armando Uribe y Cristián Oposo, *Intervención norteamericana en Chile*, Santiago, Sudamericana, 2001, pp. 256-262; Peter Kornbluh, *op. cit.*, pp. 31-49; “El Embajador Edward M. Korry en el CEP”, en *Estudios Públicos*, núm. 72, primavera de 1998, pp. 75-112.

<sup>23</sup> Jaime Castillo Velasco, “Salvador Allende y el amigo-enemigo de la DC”, en *La Nación Domingo*, 28 de septiembre de 2003, p. 19.

una alianza en la que el Partido Radical no significaba mucho, el Partido Socialista se unía con el Partido Comunista, y éste desarrollaba sus tesis. Los ex demócratas cristianos añadían poco”.<sup>24</sup> No obstante la desconfianza de Frei y Aylwin, existían al interior de la Democracia Cristiana sectores y personeros que tenían otra visión sobre Allende y la Unidad Popular: “[...] Frei y Aylwin veían en la UP un claro camino hacia una primacía del PC y, por lo mismo, hacia la derrota de las ideas de la DC; en cambio, Tomic, Leighton y Fuentealba admitían alguna suerte de trabajo común con dichas fuerzas”.<sup>25</sup>

Renán Fuentealba recordaba que no había duda alguna por quién votar en el Congreso: “[...] nosotros siempre tuvimos claro, en todas las elecciones presidenciales, que quien sacara la primera mayoría, ese era votado por nosotros en el congreso pleno”.<sup>26</sup> Pero más allá de aquello, Fuentealba concordando con lo señalado por Castillo Velasco, agregaba que

[...] nosotros votamos por Allende sin ninguna clase de compromisos porque las conversaciones que mantuvimos con él fueron relacionadas con el estatuto de garantías. Tampoco le dijimos “si usted no da el estatuto de garantías, nosotros no votamos por usted”. No fue así. [...] estábamos seguros de que Allende iba a ser un presidente democrático. Pero veíamos que la opinión pública estaba intranquila. Entonces nosotros le dijimos: “explícite más las garantías constitucionales en un compromiso porque hay dudas en la opinión pública respecto de sus acompañantes”. Y de ahí salieron las garantías constitucionales.<sup>27</sup>

Más allá de las declaraciones de Castillo Velasco y Fuentealba, lo que sí estaba claro era que un grupo de destacados dirigentes demócrata-

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> *El Mercurio*, domingo 22 de septiembre de 2002, p. D 17.

<sup>27</sup> *Ibidem*.





No 13. Efectos de una metralla

Melissolet

PROP.

cristianos, muy cercanos al presidente Frei Montalva consideraban la “maniobra de reelección” como una opción válida con tal de evitar la llegada de la izquierda al gobierno; conjuntamente, como lo expresan Moulián y Guerra, y asimismo Gazmuri, se echó a andar otra estrategia desde el gobierno. Fue a través del ministro Zaldívar, quien, dirigiéndose al país en el llamado “discurso del terror”, alertó sobre la incertidumbre que provocaba el triunfo de Allende, queriendo a la vez salvaguardar para la historia las relativas buenas condiciones económicas en que el gobierno demócrata cristiano dejaba el país,<sup>28</sup> pero desligándose de la responsabilidad de lo que ocurriera después, es decir, si asumía Allende:

Hasta el 3 de septiembre la economía chilena se desenvolvía en plena normalidad y las informaciones disponibles señalaban que los ritmos de crecimiento eran satisfactorios. Con posterioridad a esa fecha el proceso económico se ha visto alterado, poniendo en serio peligro los resultados esperados y anulando los efectos positivos de las políticas económicas que el Gobierno ha venido aplicando armónicamente durante los últimos años.

El crecimiento esperado del conjunto de la economía habría alcanzado 5%; el de la agricultura, 12%; los productos pecuarios, 6%; la minería, entre 6 y 7%; la industria, de 4 a 5%; la energía eléctrica, 8.2%; la construcción había incrementado su población ocupada en 17.1%. El gobierno había adoptado medidas para asegurar el abastecimiento de productos básicos, como el arroz, trigo, maíz, leche en polvo, carne de vacuno y de ave, etcétera. La situación financiera, en condiciones de normalidad, habría asegurado una evolución del proceso inflacionario dentro de los términos programados; asimismo se podría cumplir con los compromisos contraídos por el fisco. El comercio exterior, también en condiciones de normalidad, habría

arrojado un nuevo superávit superior a 200 millones de dólares.

Sin embargo, el primer impacto del triunfo de Allende significó una abrupta presión de los depositantes para retirar sus inversiones; desde la elección de Allende y hasta el día 14 de ese mes de septiembre los depósitos en moneda corriente en los bancos cayeron en alrededor de 920 millones de escudos y los valores hipotecarios reajustables en 340 millones de escudos. Se registraba, además, una notoria disminución de la demanda, especialmente la de los bienes durables, orientándose el consumo a los bienes indispensables, con lo cual las empresas se veían obligadas a postergar sus planes de expansión o a paralizar los que estaban en marcha; rubros tales como textiles, vestuarios y calzados habían disminuido sus ventas en torno a 30%; los artículos durables para el hogar, habían sufrido una caída de entre 50 y hasta 80%, y la industria automotriz, que vendía unos 650 vehículos semanales en el mes de agosto, en septiembre sus ventas habían caído a menos de 180 vehículos semanales, vale decir una reducción de más de 70%, remarcando el ministro que esta industria daba empleo a cerca de 15 000 personas. Los servicios personales habían experimentado una inmediata reducción, provocando cesantía en los sectores modestos de la población. El Gobierno había adoptado las medidas que estaban a su alcance para paliar esta anómala situación; sin embargo, era poco lo que podía hacer “cuando la paralización económica deriva de factores psicológicos ante un eventual cambio brusco en la estructura y manejo de la economía”, a menos que recurriera a “la emisión inorgánica, en términos de tal magnitud que amenazaría las bases mismas de la economía”.<sup>29</sup> En síntesis, de las palabras del ministro se deducía que en la práctica el Gobierno se encontraba en un callejón sin salida.

Muchos años después, Gabriel Valdés Subercaseaux, figura emblemática de la Democracia Cristiana, refiriéndose a aquel discurso, expresó

<sup>28</sup> Cristián Gazmuri, *op. cit.*, p. 771.

<sup>29</sup> “Gobierno analiza situaciones críticas”, en *El Mercurio*, 24 de septiembre de 1970.

que Frei había encargado a su ministro de Hacienda que hiciera un balance de lo realizado, “pero Zaldívar hizo una especie de oración fúnebre diciendo que aquí se viene todo guarda abajo. Lo cual fue dañino porque la bolsa cayó y la gente se asustó mayormente”.<sup>30</sup> Replicando a Valdés, el entonces presidente del Senado rechazó el concepto de “oración fúnebre”, expresando que no era cierto que “a contar de ese discurso se produjera la caída de la bolsa, la salida de chilenos al extranjero, la disparada del tipo de cambio, el retiro masivo de los dineros de los bancos y de las asociaciones de ahorro y préstamo; eso había sucedido en los primeros días después de la elección, antes de mi discurso y no por motivo de él, producto de la inseguridad de muchos chilenos y chilenas que temían la consecuencia de que se instalara un gobierno socialista”. En aquella controversia, Gabriel Valdés aceptó retirar el concepto “oración fúnebre”, pero mantuvo que tal discurso fue “como echarle combustible a la hoguera”.<sup>31</sup>

Nos quedamos, por lo menos, con esta última expresión de Valdés Subercaseaux, recordando el impacto provocado por las palabras de Zaldívar transmitidas por red televisiva. *El Mercurio*, por cierto, reprodujo *in extenso* esa cuenta del ministro de Hacienda, advirtiendo que el clima de incertidumbre no era producto de las declaraciones emanadas del Ejecutivo, sino, en coincidencia con el ministro, que tal situación respondía a factores de carácter psicológico que inhibían a los agentes económicos. El “complot del pánico”, así llamado por los comunistas, no era más que “la natural reticencia de una economía de mercado, fundada en la propiedad de los particulares sobre los bienes de producción, en la capitalización que se genera en el ahorro

<sup>30</sup> Entrevista a Gabriel Valdés Subercaseaux en *El Mercurio*, 14 de julio de 2002, p. D 29. Gabriel Valdés falleció el 7 de septiembre de 2011.

<sup>31</sup> “Un mensaje que todavía pena”, en *El Mercurio*, 21 de julio de 2002, p. D 23. Por su parte, el historiador Cristián Gazmuri sostiene que “no se les podía escapar ni a Frei ni a Zaldívar que su discurso crearía aún más pánico, aumentando el clima de exasperación entre los grupos de derecha más exaltados”; Cristián Gazmuri, *op. cit.*, p. 771.

privado y en la libre circulación de las mercancías, para transformarse sin quebrantos en una economía socialista”.<sup>32</sup>

La responsabilidad del trastorno económico recaía en la Unidad Popular, que impulsaría una política de expropiaciones que no sólo abarcaría la explotación de riquezas básicas, sino también la banca privada y los seguros, el comercio exterior, las grandes empresas, y “todas aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país”.<sup>33</sup> Insistía en que la situación generada obedecía “a factores principalmente psicológicos”, derivados del Programa Básico de la Unidad Popular. La sola expectativa de que tal programa pudiera ser aplicado había dado lugar a la inseguridad generalizada de los empresarios particulares, fuesen éstos grandes, medianos o pequeños.

Las aseveraciones de la Unidad Popular, en el sentido de que los pequeños industriales y comerciantes no tienen nada que temer, resultan vacías frente a expresas afirmaciones de su programa en el sentido de que el rumbo mismo de la economía será modificado. En tales condiciones el tamaño de las empresas pierde significación, pues es su función misma la que ha sido puesta en tela de juicio, aun dando por supuesto que un eventual gobierno marxista respetara la propiedad mediana y pequeña de los medios de producción.<sup>34</sup>

Era, pues, el derecho sacralizado de propiedad el que estaba en riesgo de ser barrenado, produciéndose la natural desconfianza en una economía que, precisamente, funcionaba sobre la base de la confianza de los inversionistas, de los acreedores y deudores, y entre vendedores y compradores. “El anuncio de un proceso de cambios revolucionarios, encaminado hacia el

<sup>32</sup> “¿Quién provoca el pánico?”, en *El Mercurio*, 16 de septiembre de 1970, p. 3.

<sup>33</sup> “La economía en tela de juicio”, en *El Mercurio*, 17 de septiembre de 1970, p. 3.

<sup>34</sup> “Manejo de la situación económica”, en *El Mercurio*, 19 de septiembre de 1970, p. 3.



socialismo marxista hace perder a la economía los rumbos establecidos”.<sup>35</sup>

Para salir del atolladero era necesario devolver la confianza a los individuos. La Unidad Popular debía aclarar el sentido exacto de su programa, como lo expresara en carta dirigida al ministro Zaldívar, antes del famoso discurso, el economista Pablo Baraona Urzúa, quien después sería uno de los actores gubernamentales más importantes en la implantación del neoliberalismo en Chile durante la dictadura.<sup>36</sup>

*El Mercurio* persistió en la idea de que se precisaran los alcances de las propuestas programáticas de la Unidad Popular. Si bien el Programa Básico distinguía entre el área de propiedad social (que excluía la participación de los particulares), el área de propiedad privada y el área mixta (en la que participaban capitales estatales y de los particulares), esta distinción era muy general, y en la estimación del periódico no podía ser de otro modo, puesto que se trataba de una exposición con propósitos electorales, más que de un enunciado de políticas económicas.

Parece pues indispensable que los técnicos de la Unidad Popular adelanten un esquema de los sectores que entrarán en la propiedad social y los que continuarán en el sistema de propiedad privada. Eso tendría una inmensa ventaja para dar estabilidad a las ocupaciones de miles de chilenos, para orientar las inversiones y para estudiar proyectos nacionales o supranacionales con miras a la integración regional. Entre tanto, el suspenso y el sigilo sólo pueden provocar un desaliento económico más grave.<sup>37</sup>

Asimismo, en el agro debía precisarse el concepto de agricultor mediano, para que el temor a las expropiaciones no condujera a desaprovechar un año agrícola que presentaba buenas

perspectivas. En los mecanismos financieros, también era importante que se determinaran “los canales que subsistirán y las reformas que habrán de experimentar los existentes”.<sup>38</sup> Además, si el programa de la Unidad Popular postulaba que la capacidad productiva de los artículos superfluos se volcaría hacia la producción de artículos de consumo popular, debería haber claridad acerca de cuáles artículos caían bajo el rótulo de superfluos.

### **Huelgas y especulación. Aparición del terrorismo: el asesinato de Schneider**

La gravedad del momento económico se vio acentuada por la huelga del mineral de Chuquibambilla, declarada el día 1 de octubre y que significaba la pérdida de un millón de dólares diarios, resultando “inexplicable y contradictorio que los sindicatos dominados por el socialismo persistan en la paralización”.<sup>39</sup> A ella se sumaban otros movimientos huelguísticos; era el caso de las fábricas de la empresa Chiprodal en Graneros y Los Ángeles, que dificultaba el abastecimiento de artículos de uso habitual como eran el café soluble y la leche condensada.

*El Mercurio*, en las circunstancias críticas en que vivía el país, al menos declaró inaceptable la actitud de quienes especulaban con divisas, lesionando el patrimonio nacional; y llamó, a la vez, a la gente capacitada a no emigrar en la búsqueda de mejores condiciones: “Si esos especialistas están buscando sólo mejores expectativas materiales, sin duda las encontrarán en otros países. Si son empresarios, y quieren una situación más sólida para sus capitales, es también posible que cumplan esta finalidad en el extranjero. Pero en ambos casos la fuga los privará de haber participado en el riesgo y el esfuerzo que deben afrontar ahora sus conciudadanos”.<sup>40</sup>

<sup>35</sup> “Grave momento económico”, *El Mercurio*, 22 de septiembre de 1970, p. 3.

<sup>36</sup> *El Mercurio*, 23 de septiembre de 1970, p. 20.

<sup>37</sup> “Orientación indispensable”, en *El Mercurio*, 9 de octubre de 1970, p. 3.

<sup>38</sup> “Precisión en las reglas del juego”, en *El Mercurio*, 18 de octubre de 1970, p. 25.

<sup>39</sup> “Pérdidas por huelga del cobre”, en *El Mercurio*, 9 de octubre de 1970, p. 3.

<sup>40</sup> “Emigración de capacidades”, en *El Mercurio*, 15 de octubre de 1970, p. 3. Resulta contradictorio frente a este



El momento neurálgico de la crisis no estuvo marcado por algún hecho de carácter económico, sino por un acto terrorista: el atentado mortal en contra del comandante en jefe del Ejército, el general René Schneider, perpetrado por un grupo de ultra derecha; grupo que fue armado y financiado por la CIA, como informó Pierre Kalfon, corresponsal de *Le Monde*.

El jefe de la CIA en Santiago, Paul Wimert, recibió la orden de trabajar en la posibilidad de una acción militar que cortara las pretensiones presidenciales de Allende.<sup>41</sup> Tenía que sondear a diversos oficiales en ese sentido. Aquí es donde se cruzan los caminos de la inteligencia estadounidense con el accionar de algunos grupos nacionales, cuyo único objetivo era impedir que el candidato marxista accediera al poder. El primero fue el Movimiento Nacionalista Patria y Libertad (P y L), conducido por el joven abogado Pablo Rodríguez Grez. El segundo grupo giró en torno a ex dirigentes de la campaña de Alessandri, el químico industrial Luis Gallardo Gallardo y el general Héctor Martínez Amaro, organizadores del Frente Republicano Independiente. Los últimos entraron en contacto con un tercer grupo, el liderado por el ex general Roberto Viaux Marambio. Este último fue contactado por medio de su suegro —el coronel Raúl Igualt Ramírez— con el general Camilo Valenzuela Godoy, comandante de la Guarnición de Santiago. En sucesivas reuniones se fueron agregando otros oficiales activos que pensaban de forma similar en la coyuntura política, por ejemplo el general Joaquín García, segundo en el escalafón de la Fuerza Aérea; el almirante Hugo Tirado Barros, segundo de la Armada; y el general director de Carabineros, Vicente Huerta Celis.

---

discurso, que el propio presidente de la empresa “El Mercurio”, Agustín Edwards, junto a su familia, abandonara el país para instalarse en Estados Unidos, donde ejerció el cargo de vicepresidente de la Pepsi Cola y desde donde impulsaría la oposición estadounidense al gobierno de Allende; véase Luis Moulián y Gloria Guerra, *op. cit.*, p. 215.

<sup>41</sup> Hacía varios años que la inteligencia de los Estados Unidos de Norteamérica seguía con interés los asuntos chilenos. Con motivo de la elección presidencial de 1970 apoyaron a las fuerzas opositoras a Allende.

Por esos días, Roberto Viaux afirmó que Frei Montalva había tenido una larga reunión con Schneider para “sondearlo” con respecto a una posible acción extra-constitucional, aunque nunca conoció su resultado. Al tiempo de sus conversaciones con los jefes militares, Viaux se reunió con el grupo encabezado por Gallardo. Comenzando octubre Viaux señaló que se había enterado de que el presidente Frei esperaba “un golpe”. “Después, una junta militar se haría cargo del gobierno y enviaría al exilio al Presidente y, de ese modo, no se sabría nada sobre la participación de Frei en esto [...]”.<sup>42</sup>

El tiempo pasó y se acercaba la fecha de reunión del Congreso Pleno. Viaux y los oficiales arriba mencionados unánimemente pensaron en la idea del secuestro de Schneider. Después de advertir las desventajas de secuestrarlo con personal del Ejército, Viaux escogió a Juan Diego Dávila Basterrica, uno de los elementos “nacionalistas” para dirigir la acción bautizada como “Plan Alfa”.<sup>43</sup> El día señalado, el grupo que iba a realizar el secuestro interceptó temprano el vehículo institucional de Schneider en calle Martín de Zamora con Avenida Américo Vespucio. Bajaron de los autos blandiendo armas, uno de ellos la emprendió en contra del vidrio trasero del automóvil del general. Éste, alcanzó a gatillar su arma antes de perder la conciencia. Al menos ocho tiros hicieron impacto en su cuerpo.<sup>44</sup>

El resultado no pudo haber sido peor ni más distinto de lo pensado por quienes apostaban a una intervención militar. Schneider falleció a los tres días después del fallido intento de secuestro. Como consecuencia no hubo nada parecido a una intervención militar. Asumió el mando del Ejército el general Carlos Prats González, oficial que suscribía plenamente el punto de vista de Schneider respecto de la prescindencia

<sup>42</sup> James R. Whelan, *Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988*, Santiago, Zig-Zag, 1988, p. 993.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 995.

<sup>44</sup> Eduardo Labarca Goddard, *Chile al rojo*, Santiago, Universidad Técnica del Estado, 1971, pp. 29-105; véanse especialmente pp. 102-105.

militar en asuntos políticos, aunque Viaux pensaba que era proclive a los conspiradores.<sup>45</sup>

El propósito de esta acción era crear un clima de caos, fomentado desde Estados Unidos, tendiente a provocar un golpe militar. El influyente periódico *New York Times* había afirmado, sin tapujos, que “un golpe de Estado militar sería preferible a la ascensión al poder en Santiago de un Frente Popular”.<sup>46</sup> Sin embargo, el intento de secuestro del cual resultó el asesinato de Schneider en vez de provocar un caos propicio al golpe obró el efecto contrario, obligando al gobierno de Frei Montalva a sostener el rumbo constitucional. El cruento episodio contribuyó a despejar el camino para que Allende llegara a la presidencia de la República. Así, “la muerte de Schneider cerró la posibilidad de desconocer el triunfo de Allende en las urnas”, en palabras de Moulián y Guerra; en las de Gazmuri: “la torpe acción redundó en la posibilidad de que Allende asumiera la Primera Magistratura, pues el asesinato del general Schneider disuadió a los complotadores dentro de las Fuerzas Armadas de seguir adelante”.<sup>47</sup> Pesó también la tradición política chilena de que el Congreso ratificara el triunfo del candidato presidencial que hubiera obtenido la mayoría relativa.

### La ortodoxia librecambista

Con la confirmación de la elección de Allende por el Congreso, el día 24 de octubre, las estrategias políticas para impedirlo y los intentos internos y externos de desestabilización y de provocación del caos, quedaban desbaratados. En los días siguientes a la ratificación, *El Mer-*

*curio* en su discurso económico, y como si hubiera estado ajeno a los planes desestabilizadores,<sup>48</sup> pasó a ocuparse de las nuevas condiciones en que iban a desarrollarse las relaciones capital-trabajo. En su primera conferencia de prensa, el Presidente electo expresó que era preocupación fundamental de su gobierno la de proporcionar trabajo a los miles de chilenos que carecían de empleo (unas 300 mil personas), en concordancia con una de las “40 medidas” que sintetizaban el Programa de la Unidad Popular, cual era la de asegurar el derecho al trabajo para todos los chilenos. Frente a este planteamiento el periódico expuso que no era tarea fácil dar solución a un problema que era propio del subdesarrollo, tarea que se hacía más difícil aún si junto con ello se pretendía poner atajo a la inflación. El camino más sencillo era el de absorber a los desocupados con cargo al presupuesto fiscal, proporcionando las entidades públicas empleos directos, contratando obras de ingeniería y de construcción o subsidiando el Estado a empresas que pudieran ocupar a nuevos trabajadores. Cualquiera de esos medios, en todo caso, resultaban insuficientes con respecto a la dimensión que había alcanzado el problema del desempleo. En su discurso antiestatista y de ortodoxia librecambista, el hecho de que el Estado tomara a su cargo el problema no significaba una solución, “pues, a menos que se encuentren recursos adecuados, con ello sólo se conseguirá agravar el proceso inflacionario”.<sup>49</sup>

La creación ficticia de empleos o la emisión de billetes no eran remedios reales. La captación de trabajo debía hacerse creando capital, como producto de inversiones efectivas. Los medios para tal capitalización podían ser los impuestos o el ahorro obligatorio, medidas que, por cierto, el “decano” de la prensa estimaba inadecuadas; otra vía era la del ahorro voluntario, fórmula que requería estímulos y seguridades que no

<sup>45</sup> James R. Whelan, *op. cit.*, p. 994.

<sup>46</sup> Pierre Kalfon, *Allende. Chile: 1970-1973. Crónica*, Madrid, Foca, 1999, p. 95; Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, 3ª edición, Santiago, BAT, 1991, pp. 95-100; Cristián Gazmuri, *op. cit.*, pp. 772-776, y, más directamente, *Documentos referentes a la acción de la CIA en Chile, entre el 15 de septiembre y el 3 de noviembre, desclasificados por el Departamento de Estado*, 1999.

<sup>47</sup> Luis Moulián y Gloria Guerra, *op. cit.*, p. 215. Cristián Gazmuri, *op. cit.*, p. 775.

<sup>48</sup> Joan Garcés (*op. cit.*, p. 82) informa que *El Mercurio* fue subvencionado directamente por la ITT y otras compañías estadounidenses; véase *Documentos secretos de la ITT*, Santiago, Quimantú, 1972.

<sup>49</sup> “Dar trabajo al que no lo tiene”, en *El Mercurio*, 2 de noviembre de 1970, p. 23.



eran factibles de obtener en un clima de crisis; por último, podría recurrirse a la asistencia financiera internacional, canalizándola hacia actividades que dieran amplias oportunidades de empleo. Pero en la situación en que se encontraba la economía nacional, sumida en la incertidumbre, era del todo improbable que se dieran las condiciones propicias que facilitarían la solución real al problema del desempleo. Es decir, *El Mercurio* cogió con marcado escepticismo el anuncio de Allende de proporcionar trabajo a aquellos que no lo tenían.

Otro asunto en relación con el trabajo era el de la cogestión. En entrevista concedida por el ministro del ramo, José Oyarce, y por el subsecretario Julio Benítez, estos funcionarios habían declarado que los trabajadores participarían directamente en la gestión de las empresas públicas; pero no así en las privadas, en las que se mantendrían las relaciones empresarios-trabajadores como hasta entonces, con la salvedad de que en el nuevo régimen laboral éstos tendrían acceso a la información sobre la gestión de las empresas y las determinaciones de sus ejecutivos. El diario contrarrestó con argumentos propios del efficientismo capitalista: “En la economía de mercado las decisiones relativas a la conducción de las empresas están determinadas por un solo factor: la eficiencia competitiva. Hasta hoy no se ha demostrado que un sistema de asambleas de trabajadores con poderes ejecutivos o de cogestión dentro de las empresas resulte más eficiente que la entrega de las decisiones a los equipos técnicos especializados y contratados al efecto”.<sup>50</sup>

Citaba el caso de la industria Siemens en la República Federal Alemana, la que tenía sindicatos poderosos y, sin embargo, ellos no se interesaban por participar en la gestión técnica. Tanto en ese como en otros países desarrollados, los sindicatos seguían la lógica de lograr la más alta productividad y la mayor eficiencia competitiva posible en beneficio tanto de la empresa como de los trabajadores. Volviendo a la economía chilena, en el área de propiedad estatal, en

la que se suponía habría una política centralmente planificada, si se probase que un equipo técnico designado para cumplir satisfactoriamente el plan concebido resultara menos eficiente que un organismo en el cual participara la asamblea de trabajadores, en tal caso era evidente que la cogestión tendría que ser instituida. Pero si, por el contrario, el asunto resultaba al revés, era preferible suspender la cogestión aun en las empresas estatales.

En el análisis de las relaciones capital-trabajo no podía estar ausente el papel de la Central Única de Trabajadores (CUT). En una página editorial se recordaba que el organismo gremial, al aproximarse las discusiones sobre los reajustes de sueldos y salarios, siempre había sostenido una actitud proclive a la inquietud y al descontento, en procura de lograr el máximo posible en materia de reajustes, independientemente a las reales condiciones de la economía para poder otorgarlos. Sin embargo, con Allende en el gobierno tal actitud había cambiado y, en vez de la confrontación que caracterizó su postura frente a anteriores gobiernos, la CUT enarbolaba ahora una política de conciliación, en la cual las necesidades inmediatas quedaban supeditadas a las propuestas de cambios estructurales. Digamos que no podía ser de otro modo, puesto que en el organismo gremial dominaban los socialistas y los comunistas, las dos principales fuerzas políticas de la Unidad Popular. El secretario general de la entidad, el socialista Hernán del Canto, había manifestado: “Nada sacamos con obtener reajustes tanto o más superiores al costo de la vida si el próximo año vamos a tener un aumento de 200 por ciento”; y el presidente de la misma CUT, el diputado comunista Luis Figueroa, quiso dejar en claro, “muy en claro, que la cuestión de los reajustes de sueldos es importante para nosotros, pero no fundamental”; lo verdaderamente fundamental era “consolidar al gobierno de la Unidad Popular e impulsar el proceso de transformaciones sociales, políticas y económicas”.<sup>51</sup> El periódico sustentó que no era del caso criticar

<sup>50</sup> “El actual gobierno y la cogestión”, en *El Mercurio*, 9 de noviembre de 1970, p. 25.

<sup>51</sup> “La CUT y los reajustes”, en *El Mercurio*, 16 de noviembre de 1970, p. 27.



a la CUT por sus anteriores actitudes, sino que saludar esta nueva posición, que implicaba, cualquiera fuese el régimen económico-social imperante, un disciplinamiento laboral —tan caro a los propios planteamientos capitalistas—, una mayor responsabilidad de los trabajadores, el freno de las huelgas y, por ende, un aumento de la productividad.

Sin embargo, el equipo de técnicos de la Unidad Popular, encabezado por el ministro de Economía, Pedro Vuskovic, no obstante la medida declarada por los dirigentes sindicales, concebía como un propósito —y, a la vez, un medio prioritario del proyecto económico de cambios estructurales— la redistribución del ingreso, a cuyo efecto era necesario aumentar las remuneraciones del trabajo e imponer el control de los precios. De este modo se acrecentaría la capacidad adquisitiva de los asalariados traduciéndose en un incremento de la demanda y, por consiguiente, se estimularía el crecimiento de la producción. Dado el control de precios, los reajustes serían absorbidos por las empresas productoras, pero no verían reducido el margen de sus utilidades puesto que serían compensadas por la mayor demanda.

Las críticas de *El Mercurio* a estos planteamientos se referían a que el esquema propuesto podría ser viable para las empresas que tuvieran amplios márgenes de utilidades y que, además, estuviesen capitalizadas a través de un largo periodo de acumulación. Pero no era esa la situación en que se encontraban las empresas industriales, “muy apremiadas por la política tributaria, crediticia y de precios, que se ha venido aplicando desde hace años, agravada con la contracción producida después del 4 de septiembre [...]”. En tales circunstancias “los reajustes no estarían lejos de significar pérdidas”, salvo que se inyectara “más capital en un gran número de empresas”.<sup>52</sup> No resultaban convincentes los argumentos del ministro Vuskovic en cuanto a poner en juego diversos mecanismos crediticios no precisados y a apoyar a aquellos industriales

<sup>52</sup> “Los industriales y la inflación”, en *El Mercurio*, 21 de noviembre de 1970, p. 3.

que incrementaran sus existencias de mercaderías. La conclusión era que resultaba prácticamente imposible que las empresas pudieran soportar simultáneamente el control de precios y el alza de las remuneraciones.

La incertidumbre seguía campeando y lo único claro era que el gobierno se encaminaba derechamente a establecer el socialismo, aunque esto no ocurriese de manera inmediata, como en las mismas páginas mercuriales se amenazaba antes de que se resolviera la elección de Allende.

Es indispensable que la opinión pública comprenda que dicho equipo económico está emprendiendo la ruta del socialismo, es decir, la del colectivismo estatal o, si se quiere, la de la progresiva incorporación al Estado de los bienes de producción, llámense éstos predios rústicos, minas, fábricas o establecimientos de comercio. El proceso puede ser largo y es posible la voluntad de los economistas tendiente a que este proceso se haga en forma gradual. Pero la meta está fijada y es evidente que los hombres de Gobierno no tratan de engañar a nadie sobre este particular.<sup>53</sup>

La implantación del socialismo significaba anular el derecho de propiedad, consagrado natural y constitucionalmente. Si el Estado, por razones justificadas, estimaba necesario proceder a alguna expropiación, ésta debía realizarse con el previo pago de una indemnización al dueño afectado. El proceso de debilitamiento de la garantía constitucional de la propiedad había comenzado bajo la administración de Jorge Alessandri, quien, forzado por los planes reformistas de la Alianza para el Progreso, había iniciado la Reforma Agraria; luego la situación se agravó con Frei Montalva, perdiendo los dueños de predios toda posibilidad “de obtener indemnización antes de que se le prive del bien expropiado”.<sup>54</sup> De manera

<sup>53</sup> “Realidad del plan económico del gobierno”, en *El Mercurio*, 6 de diciembre de 1970, p. 31.

<sup>54</sup> “Ruta legal hacia el socialismo”, en *El Mercurio*, 23 de diciembre de 1970, p. 3.

que la propuesta de Allende que cuestionaba severamente el derecho de propiedad venía a ser la culminación de un proceso iniciado desde antes, pero esta vez implicaba enriarse definitivamente en la senda del socialismo.

*El Mercurio* no se hizo cargo del diagnóstico económico hecho por los técnicos de la Unidad Popular —bien sintetizados por Meller, entre otros autores— que denunciaban el carácter monopólico, externamente dependiente y oligárquico de la economía chilena.<sup>55</sup> Atribuyó, en cambio, las carencias e insuficiencias de la economía a problemas propios del subdesarrollo. Su estrategia fue la de enfatizar la impracticabilidad de los planes económicos del gobierno y subrayar que la única vía posible era la de la libre empresa. Incluso llegó a plantear la despolitización de los gremios del comercio y de la producción. “Hasta se diría —expresaba un editorial— que la independencia de los dirigentes empresariales respecto de los partidos políticos les da mayor libertad para oponerse constructivamente a las decisiones que, desde su punto de vista sectorial, les parecen desaconsejables”.<sup>56</sup>

Paralelamente, y previendo lo que se venía, las páginas de *El Mercurio* se convirtieron en uno de los espacios preferidos desde dónde los jóvenes economistas chilenos —provenientes de la Universidad Católica y con posgrados en la Escuela de Chicago— comenzaron a difundir el pensamiento neoliberal.<sup>57</sup>

## Conclusiones

No era de extrañar la actitud que tuvo *El Mercurio* para la elección del año 1970; su rechazo y críticas a la izquierda se remontaban a los

tiempos del Frente Popular y en fecha más próxima a la elección presidencial de 1964, en la cual colaboró con la “campana del terror” contra el candidato del FRAP, Salvador Allende. Sin embargo, en esta oportunidad, el escenario fue distinto, ya que los resultados de la votación del 4 de septiembre de 1970 habían arrojado como triunfador al candidato de la Unidad Popular; por tanto, ahora la tarea sería dar a conocer por medio de sus páginas (editorial y semana económica) lo pernicioso que significaba un futuro gobierno de izquierda, específicamente en cuanto manejo económico y política. ¿El motivo de aquello?, su ferviente defensa de la libre empresa, el emprendimiento, la libertad individual y lo que sería años más tarde —y se difundía a través de sus páginas— la implementación del neoliberalismo en Chile; por lo tanto, todo aquello que significara intervención y planificación estatal era considerado, bajo la mirada mercurial, un estancamiento o retroceso para el país. De ahí que previo a la elección y al proceso de ratificación de Salvador Allende por parte del Congreso Pleno, el diario desplegó nuevamente toda una ofensiva comunicacional para hacer presente la defensa de sus intereses económicos librecambistas, seriamente amenazados por un eventual gobierno marxista.

Si bien aún se veía lejano el golpe militar, posibilidad que al menos públicamente no era esgrimida por el “decano” de la prensa chilena pero progresiva y subrepticamente fue trabajando, sus planteamientos apuntaron en aquellos meses a la defensa de la propiedad privada, la reducción del papel del Estado en materia económica, la ineficiencia de las empresas públicas, la necesidad de reducir el gasto fiscal, las ventajas de la libre competencia, la inutilidad y perjuicio de los controles de precios, la inconveniencia de aumentar los impuestos; es decir, una serie de argumentos de la ortodoxia librecambista que pocos años después —frente al pelotón de fusilamiento, como se diría parafraseando a García Márquez— se impondrían, prolongándose en nuestros días en el discurso y en la acción económica.

<sup>55</sup> Patricio Meller, *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*, Santiago, Andrés Bello, 1996, pp. 111-113.

<sup>56</sup> “Empresarios frente a cambios políticos”, en *El Mercurio*, 18 de diciembre de 1970, p. 3.

<sup>57</sup> Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet*, Santiago, Sudamericana, 2000, cap. VIII; Miguel Lawner (ed.), *Orlando Letelier, el que lo advirtió: los Chicago Boys en Chile*, Santiago, Lom, 2011.